

es la luz del mundo, nos dice a continuación seguida que el que le sigue no anda en tinieblas? (Jn 8,12). Pues porque la luz no es para gozar de un espectáculo visual y hacer de la vida un descarado caleidoscopio, sino para que no andemos en tinieblas los que andamos, los que tenemos que andar; los que hemos nacido para andar. Pedro en el Tabor goza viendo aquella teofanía, y se encuentra allí muy bien; y se le ocurre quedarse allí. Y es el Espíritu Santo a través de San Lucas quien valora aquella actitud: Pedro no sabía lo que se decía. (Lc 9,33).

En esta vida en que vemos tan en tinieblas a muchísimos de los formadores y dirigentes de la sociedad, háganos Fernando sentir hondamente la responsabilidad de los que hemos optado por pensar. No hemos errado la dirección. Muchos, confiamos que por este camino llegaron a la meta. Para ellos nuestra oración agradecida; para nosotros el gozo de seguir andando, y no en tinieblas; que es el indescriptible placer de destilar cada día esa minúscula gota de verdad y bien, que esperamos tanto fecundará el Altísimo con eficacia, lo mismo que en el siglo XIII, cuanto sea también intensa en nosotros la vida del espíritu.

Que con Fernando y con su ayuda, triunfemos en la reconquista de la gloria eterna que en triste hora perdimos en los albores de la humanidad, con la restauración de una CIUDAD CATOLICA, que en sus dos palabras nos dice todo.

Que como decía Pablo al hacer en Mileto el balance de su obra, podamos decir que nos hemos ahorrado medio alguno en público ni en privado para que la gente crea en Jesús. (Act 20,20s).

Y al mismo Corazón de Cristo, que quiere sea un hecho su reinado en España, (que a El se consagró especialmente también un memorable día de San Fernando), y rogó por los suyos en la oración leída del fin de su vida, podamos decirle un día lo que de Sí dijo al Padre en aquella coyuntura: He manifestado tu nombre a los hombres que me diste de en medio del mundo. (Jn 17,6).

DISCURSO DE JOSE MIGUEL SERRANO RUIZ-CALDERON

Celebramos a San Fernando; con una misa y con una cena. Y tras esto, que es lo importante, decimos unas palabras, que no son lo importante, cómo en las misas antiguas, en las que el sermón era lo de menos. Por lo menos así me lo han contado, que yo no viví tan felices tiempos.

Si no nos llamamos Fernando, por lo menos no todos, y mi Fernando se ha quedado en casa, y si no somos eso que hoy llaman colectivos que tuvieron por patrón a San Fernando, y lo celebran no sabiendo porqué, cómo el cuerpo de Ingenieros, esos que tienden puentes en Mostar, parece que tenemos que dar cuenta de esta reunión, no porqué yo pretenda jugar al listillo deconstrutor, dispuesto a ver críticamente y explicar de forma nueva lo que otros hacen sabiendo perfectamente por qué. Por el contrario, me mueve el deseo de explicar a los otros lo que hacemos, que visto con ojos extraños resulta pintoresco.

Nos entenderían mejor si celebráramos el día del político católico, no es que nuestros conciudadanos piensen que debe o puede haber políticos católicos, pero entenderían mejor un día así llamado. Sería un día más de los que se celebran desde la Revolución, que empezó celebrando el día de la cosecha y de la vaca lechera o el trigo y ha terminado con

el del amor fraterno, la solidaridad, el enfermo de gripe o el sodomita. Y no es que yo pretenda poner juntas cosas tan dispares, personas tan diferentes, algunas especialmente diferentes, son ellos quienes lo han hecho, vayan ustedes a saber por qué.

Esto de celebrar días abstractos es lúcido y poco comprometido. Se lleva mucho, sobre todo desde que a la ONU, tan abstracta ella, lo promociona en todo el mundo. Eso que hoy llaman a nivel mundial. Como todo se pega salvo la hermosura también a los curas les ha dado por lo abstracto, en contra de la tradición tan encarnada y escasamente abstracta de nuestro Dios. Y es que las ideas son más manipulables que los hombres, y no extraña ver pasar a cuchillo una ciudad entera en nombre del amor fraterno, o eliminar los niños en nombre de la infancia, o la vida en nombre de la calidad de vida. Por el contrario, nadie podría apostar en nombre de San Fernando y si se dieron espadazos en nombre de Santiago fue porque el los dio primero o al menos así parecen haberlo visto algunos.

Y aquí está la explicación de nuestro asunto, celebrar a San Fernando es más comprometido que celebrar el día del político cristiano o del político humanista inserto en la tradición occidental y abierto a la trascendencia, que es cómo de forma austera denominaría la jornada cualquier comité Episcopal, pues en la forma extensa debería añadir por algún lado, el que fuera, tolerante y solidario, que son en nuestra política cómo la lechuga de los platos pobres, siempre presentes y sin decir nada.

No es sólo más comprometido, es más tradicional. Cómo no parece que ninguno vaya a salir de aquí para tomar Sevilla la referencia a San Fernando debe significar el paso de algún testigo, la tradición de algún bien desde entonces hasta ahora; la permanencia de algún nexo que hace que en circunstancias diversas, tras haber pasado muchas cosas, tras el cenit americano de la obra que en buena parte culminara nuestro Fernando en la península, tras la ruptura de la Monarquía Hispánica, tras las prolongada crisis de nuestra alma española que languidece, llega a nuestros días.

Por decirlo en forma sencilla celebramos a San Fernando porque le echamos de menos, pensamos que alguien cómo el sería mejor político que los que tenemos, pues se inserta en una tradición que es extraña a nuestros políticos. La tradición de los hombres libres por excelencia, los castellanos, los del rey abajo ninguno, los que al rey la hacienda y la vida se ha de dar pero no el honor, los de la honra sin barcos, los de los capitanes libres de soldados libres de la gran Empresa americana, los que acertaron y se equivocaron, triunfaron y fracasaron pero construyeron un mundo más humano por estar imbuido de lo divino, mundo que pese a la aculturación todavía se añora donde pervivió. Allí en América donde el respeto de estas fuentes es más fuerte y perenne. Donde la Hispanidad tiene algún sentido, aunque se confunda, a veces, con la latinidad, que es cómo las anglosajonas llaman a su sueños y los anglosajones a sus pesadillas.

Esto de mencionar la tradición parece especialmente retrógado, lo de mirar al Cid suena a Roberto Alcázar y Pedrín, y, sin embargo, la alternativa está entre David Crockett y Superman, es decir, en la aculturación.

Aculturación de la Cultura política dominante parece haber habido siempre. Si uno no encuentra una respuesta adecuada, o la propia respuesta fracasa por las razones que sea, acaba dominado por la construida

por quienes ganan; sobre todo, en un mundo tan relacionado cómo este, y, sobre todo, si existe una raíz cultural común, remota, entre las diversas culturas. Tal como parece suceder dentro de Occidente.

Una forma de interpretar el paso al mundo moderno es la que preconiza que España representó un esfuerzo de construir una modernidad enraizada, donde el hombre libre no pretendiera volverse autónomo. Una modernidad donde las virtudes cristianas permanecieran en su sitio. En la que el hombre viviese su dignidad recibida de la fuente divina que es su última explicación. Sin esfuerzo prometeico, sin soberbia. Sin autodestrucción y sin destrucción del mundo que nos rodea. Ciertamente hubo gentes de este cariz en toda Europa, que es donde pasan las cosas, pero si alguien representó la empresa de construir este Nuevo Mundo, nuestro Nuevo Mundo, fue la Monarquía hispánica; esa que se miraba en San Fernando para iniciar la aventura más hermosa que vieron los siglos. La que caracterizó una época de la que otros se apropiaron, la que encontró un pueblo que sostuvo el esfuerzo hasta la extenuación. Derrotado este intento, el orgulloso pueblo acaba vistiéndose con las ropas prestadas por los vencedores, y la modernidad triunfante sentó sus reales entre nosotros. La derrota supuso el triunfo de lo que conocemos cómo la modernidad, el camino de la autonomía, el ocaso de la religión, la exaltación primero y la disolución después del individuo, la muerte de Dios y con ella la muerte del hombre, la expansión del Estado y el Totalitarismo.

Siempre quedó, sin embargo, en nuestro solar la añoranza del intento buscado. Jamás se perdió del horizonte la senda intentada y a la que no se renunciaba. El arraigo religioso en nuestro pueblo y en la cultura popular encontraba correspondencia en una lectura de la realidad política católicamente entendida. Y desde este arraigo se explica la presencia de Donoso, Balmes o Maeztu. La lectura de los acontecimientos modernos resulta especialmente esclarecedora, las limitaciones de la Modernidad predichas, el esfuerzo cultural y político enorme, la fidelidad hasta la sangre permanente.

Me pregunto sobre la vigencia de los escritores cristianos anglosajones entre nosotros y el creciente olvido o falta de vigencia de los autóctonos y tan sólo encuentro esta respuesta. Los nuestros no renunciaron jamás al esfuerzo político, la intuición de la idoneidad del camino cada vez más abandonado se mantenía fresca porque nuestro pueblo lo urgía. No había tan sólo una crítica cultural pues se tocaba con los dedos la posibilidad de atreverse a ser nosotros mismos. San Fernando no era un recuerdo mítico, era un ejemplo posible. Mientras la figura política del Catolicismo inglés es Tomás Moro, fiel hasta la muerte una vez perdida toda posibilidad política, nosotros recordamos a Felipe el rey prudente, conductor de nuestro gran esfuerzo moderno. Si hoy miramos a los anglosajones es porque estamos donde ellos estuvieron, o por lo menos así les parece a algunos.

La tradición de cierta derecha española, y no olvidemos, de todas formas, que esto de la derecha es una denominación estrictamente revolucionaria, ha estado ligada a la conciencia de que la panacea del progresismo conducía a la profundización de los problemas que supuestamente se querían resolver, mientras que por el contrario entre nosotros se encontraban los elementos para construir una nueva respuesta. Sin embargo, la realidad moderna se imponía de tal forma que muchas veces la urgencia política impedía, salvo a las mentes más claras, ver cual era el reto de los tiempos. Esto explica la interna contradicción del

Franquismo, nacido de un solemne gesto de rebeldía de nuestro pueblo frente al que parecía el último paso de la modernidad, el socialismo y totalitarismo. Pero la victoria al administrarse se convirtió en la principal urgencia, administrar la casa, importante pero no suficiente, sobre todo en los momentos que tocaba vivir. Opción conservadora que hacía olvidar el reto de los tiempos, que llamaba a amoldarse a la situación, aunque fuera para negarla, oposición dialéctica por la que lo negado marca el ritmo de lo afirmado, empobreciéndolo. Por otro, se entreveía la influencia de la modernidad que marcaba la época, nacionalismo frente a nacionalismos, partido único frente a partidos y, sobre todo, Estado como elemento racionalizador, Estado que invadía la sociedad, tecnocracia y eficacia técnica como elemento de legitimación. No deja de ser sintomático que, hoy en día, sea este último elemento el más alabado, ahora que el Estado al invadirlo todo culmina el final de la libertad.

Y aquí estamos, donde parece reinar la renuncia al propio camino. Donde sólo parece regir el aldeanismo o el completo extrañamiento del intento burocrático europeo. Donde se pide que otros tiren de nosotros. Es curioso que la alternativa política vigente en nuestro régimen, supuestamente la derecha, cite a Manuel Azaña, busque en él la orientación de la acción futura. Es decir, la tradición de la antitradición, el debate reducido a una reducción fiscal, el reto de los tiempos limitado a un problema de administración de presupuestos, la opción reducida a la promesa de no robar, cómo si la flaqueza humana no estuviera en todos lados y hasta un Papa se escapara con la caja. La insistencia en un Estado caduco, la oligarquía que descubre su papel a un público que ha visto los pies del lobo y al que se le convence que cambiar de lobo es la solución al desconcierto. Más de lo mismo. El reparto de las cuotas de poder. Un político idéntico a otro político. Autoselección. Ausencia de horizontes.

Y es que algunos se ponen el abrigo cuando está viejo y apollado, se nos pone de modernos en el momento del final de la modernidad. Y de donde sacar fuerzas para el reto del momento si nos extrañamos y recurrimos a quienes nos han traído aquí. Nada se puede esperar de nosotros si no recordamos, no inquirimos, no nos atrevemos. Nada puede esperar el mundo de quienes han mantenido de forma más viva la conciencia de la alternativa, de la opción que hace el mundo humano. si nos disfrazamos y tiramos la tolla. Muchos vienen aquí, y nos piden que sigamos, que respondamos, recuerdo al último, Luigi Giussani. Otros creen que desde fuera se observa con más claridad nuestro patrimonio, lo que subyace bajo el guirigay de los medios, sin confundir la corte con el pueblo, cómo le ocurrió al monstruo, Napoleón.

Y aquí estamos, contemplando la agonía moderna y decidiéndonos hacia donde tirar. Buscando un gobierno digno del hombre. Conscientes de lo que hay, entre tanta inconsciencia. Recordando a los que acertaron, no por pereza a la hora de pensar sino por urgencia de actuar. Y no es que seamos más listos, quizás ni siquiera más íntegros. Es que celebramos a San Fernando.